

El V Salón de Acuarelistas

Sin que nos sean familiares, ni en exiguas proporciones, las minucias legislativas de la técnica y la crítica artísticas, alejados por entero de los círculos que la cultivan, carentes de la exquisita sensibilidad que la comprensión de la obra de arte requiere, — y en cuyo reparto Natura, al decir de los privilegiados, es singularmente avara — emprendemos esta reseña crítica sin más capital positivo que la buena voluntad y el modestísimo caudal de conocimientos artísticos atesorables por quien ha encaminado su actividad en otras sendas, y — en el mejor de los casos — solo de la aludida circunstancia de no ser, quien escribe, sino *a man in the street* podría, mediante empeño benévolo, desprenderse algún mérito para este modesto ensayo, en el supuesto improbable, de que alguien se empeñase en hallarle alguno.

Creemos que en estos asuntos, en que entra la sensibilidad en no menor parte, no son los conocimientos técnicos, ni el rigorismo crítico, elementos tan indispensables, como lo son por ejemplo, el caudal documental y la severa metodología ante un problema histórico, o, como ante una interpretación estadística lo sería el preciso empleo del coeficiente o la oportuna eliminación de causas interferentes. El autor lamentaría que fuera ésta una herejía mayor que las a diario perpetradas, — y lo que es peor, sin avisar, por jóvenes pretenses que cometen disciplinas que desde tiempo atrás intenta el que escribe comenzar a deletrear, sin lograr hasta la fecha, hacer seriamente, lo que esos aventajados mozos alcanzan en minutos, con la misma habilidad que los salteadores de caminos ponen en el logro de objetos, cuya obtención—por los rutinarios que aun persistimos en gobernarnos por “aquellos exagerados escrúpulos críticos, que en otros años formaron parte de la probidad”, supone un esfuerzo proporcional al valor de lo apetecido.

*

* *

Huelga repetir aquí, los inevitables *clichés* de la falta de ambiente, de la carencia de arte nacional, etc., etc. Desde que

el primer salón argentino, inspiró a Ernesto Quesada el artículo que sobre él versa (1), no ha habido, en la evolución del arte argentino hecho digno de particular mención, como no sean las variantes que resultan de exóticas influencias, a la larga naturalizadas. No es tal estado, — *cela va sans dire* — bastante a hacer desesperar, y lo es menos en estos momentos en que el resurgir del espíritu racial induce a buscar en las manifestaciones artísticas del sedimento aborígen de la Sociedad los ingenuos motivos ornamentales en que un arte más refinado importará las superevoluciones del arte europeo. No creemos con todo, que el arte haya de ser *volens nolens*, nacional, porque hay en las bellas artes una categoría de asuntos, que al modo de las ideas particulares revisten carácter genérico, más hay otros que, como lo son en este último orden los conceptos generales, rebasan límites y adquieren carácter, en cierta medida, universal y necesaria. Hay pues un pequeño arte, el de los artistas de talento, que sufre la influencia del ambiente y sufre la tiranía de lo ancestral, reflejando así los caracteres nacionales, y hay otro, gran arte, de artistas geniales, que sienten las modalidades generales humanas, antes que las particulares nacionales, y las concretan en forma que perduran en el tiempo y se difunden en las naciones, precisamente por ese valor — basta uno — grandioso o humano: una sonrisa, la fiereza, el valor, la unción mística... Grandioso o humano, hemos dicho, porque interviniendo en el juicio artístico, el motivo, la grandiosidad de éste hace perdonar su falta de "humanidad". Demás está decir que la "humanidad" de un objeto de arte, disminuye a medida que la humanidad que lo valora esté alejada en el tiempo o en la evolución, de aquella que le dió motivos, convirtiéndose en aquel caso, primero en una simple "gloria nacional" y luego en una manifestación "paleoartística", y en el segundo en una curiosidad de coleccionista: es que los ideales estéticos evolucionan como los otros y por esto no creemos haber errado al decir que el arte "grande" es universal y necesario *en cierta medida*. Sería ridículo aducir

(1) EL QUESADA: «El primer salón argentino: Reseñas y críticas.» Bs. As. (1893).

en contra, la persistencia del ideal helénico — sensiblemente transformado — en las civilizaciones neolatinas, si se cuenta que el tiempo en que se viene manifestando, es un instante en la evolución del arte humano.

Estas consideraciones quieren tan solo, fundamentar la tesis que el lector habrá columbrado: el arte argentino, por su diminuta trayectoria, no puede pretender hacer obra trascendente, ya que un genio artístico no nace al contacto de la varita de la buena voluntad o de la buena intención, ni menos, de la fecundante caricia de "Salamancas" más o menos prestigiosas. Con esos elementos, ésto sí, con "*el lungo studio ed il grand amore*" y con otras cosas que en el país no faltan, podremos hacer arte argentino. Será, naturalmente, un arte chico, pero será también el camino para llegar al otro.

* * *

El distinguido crítico y envidiable estadista que bajo el pseudónimo de Marco Sibelius, colabora en "Augusta", decía a propósito del salón análogo anterior que "este salón, bueno es saberlo, tiene también un público aparte, un público especial que ha leído el "Rubaiyat" de Omar Káyyam, ha sufrido con Nijinsky los vértigos espectrales de un "Dios Azul", se ha visto en el espejo alucinante de León Bakst, y ha saboreado, aunque más no sea en el astuto de Quincey, las problemáticas voluptuosidad del láudano. Aquí todo es pequeño, intelectual, aristocrático y para regocijo exclusivo de los ojos, como si la norma cirenaica de que nada ha de hacerse con exceso, fuera la pauta de su moderado escepticismo artístico".

No podría ciertamente, repetirse del V salón lo que del IV expresa la cita. Hay una democracia en éste — sin alcanzar, desde luego, la del de Primavera — cada más más marcado pese a los gustos "refinados" de los coleccionistas de mareantes cartones pintados, que aguzan, aceptándolos, el de por sí patológico sentimiento artístico de los "pintores de cadentes". Por ello el V salón es bueno: nótese un como encarrilamiento de actividades, plausibles porque con ello disminuye la caterva de "incomprendidos" — dentro de las leyes

que la humanidad reconoce por generales, y que hace pensar — ¡Dios lo oiga! — en que acaso sea aplastado ese fruto malo de nuestro ambiente ferozmente individualista que quiere también verdades y sentimientos individuales, y que culmina en el arte con el famoso *je le vois come ça* (1). En una obra pictórica el asunto es mucho más grave que en una escultórica, pues en ésta la restitución de la obra del "incomprendido" a los cánones generales de la estatuaría, es relativamente fácil, como lo es también por la misma razón, la crítica literaria. En la pintura, en cambio, interviene por más la sensibilidad individual, no solo en lo que ésta encierra de estrictamente psíquico o mental, sino — subcientemente — en lo que es su fundamento orgánico, es decir, la particular contextura de sus órganos sensorios. Quiero aludir, con lo primero, al complejo de la experiencia pictórica del artista, sea en lo que atañe a

(1) Oyuela ha escrito algunos párrafos a propósito del simbolismo literario, en una carta a Luis Berisso, que merecen recordarse:

«... el simbolismo militante, tal cual se observa, con caracteres uniformes, en las obras de los que han pretendido enarbolarlo como enseña y dirección sistemática del espíritu, no es más que el manto de relumbrón con que algunos espíritus inquietos y dislocados, tan ambiciosos como impotentes quieren disimular su vacuidad de ideas y el raquitismo incurable de sus concepciones artísticas.» (Calixto Oyuela: «Sobre Belkiss», en «Estudios literarios», en «Anales de la Academia de Filosofía y Letras», IV (1915), 269.)

«A mí — ¿qué quiere usted? — me causan la impresión de una banda de... aturdidos que se arroja al mar en un barco muy raro y averiado, cubierto de los más llamativos adornos y colores, en son de reto y con grande alharaca, contra las escuadras reunidas del mundo, diciendo a gritos que su «esquife» estrambótico es mil veces superior a todos esos acorazados y cruceros «normales», producto vulgar, fácil, insípido de la imbecil burguesía científica y cuyo poder mortífero cualquier indocto comprende... ¡Imagínese usted, amigo, la sonrisa del almirante inglés!

«Un último rasgo típico de los «aristes»: carecen al parecer, en absoluto de la noción subjetiva de lo cómico y lo ridículo». (Ibid. Op. et loc. art. 270).

Yo bien sé que este juicio, si se dictara, atraería sobre mí los amables dictados de «burgués literario», de «petrificado», de «artista chapucero», incapaz de paladear lo exquisito, con que los simbolistas, a falta de buenas obras que convengan, desahogan continuamente su bilis contra los que se rien de sus cien mil disparates de tiro rápido me tiene sin cuidado. Más aún; yo quería obtener un diploma de «burgués», «chapucero», «mediocre», etc., firmando por todos esos señores, para encerrarlo en rico marco y ostentarlo en mi cuarto de trabajo y como uno de mis mayores timbres literarios. (Ibid. Op. et loc. cit., 2628).

la forma y color, sea que toque a lo que, sin dejar de ser técnico, se denomina el "espíritu" de la obra. Para el que escribe estas líneas, esto del "espíritu" es análogo a lo que en clínica se denominan "enfermedades funcionales", es decir alteraciones que, sin delatar un trastorno morfológico — en aquello que cae bajo el dominio de los sentidos ampliados por los recursos de la técnica, — constituyen una notoria desviación funcional. Claro está que o ella ha de corresponder, en lo que aun es "inexperencial", un correlativo desarreglo orgánico. Ante los perfeccionamientos de la técnica, las enfermedades funcionales dejarán de serlo. Y bien, del mismo modo, en la técnica pictórica deben haber, — el autor de este ensayo ha confesado ya no conocerla — ciertos pormenores en los recursos de expresión, solo alcanzables por quienes han venido iluminados por aquello que "Salamanca non prestat", al modo como los médicos iluminados por el "ojo clínico", perciben, individualizan y localizan las enfermedades funcionales. Acaso como en éstas, algún día los pintores logren poder definir y transmitir por la palabra el recurso técnico que permita infundir un "espíritu" a la obra. Pero aquí, de la pintura, digo acaso, mientras de la clínica lo afirmé sin condición. La razón es obvia: el "espíritu" de la obra es el trasunto del artista. Entonces la regla sería indirecta: explicaría cómo obtener un estado anímico que se transparente debidamente en la expresión formal o cromática...

Y mientras — *ad kalendas graecas!* — la "experiencia pictórica" no se sistematize y la educación se la imparta, concluida y definitiva, al artista incipiente, o que el ambiente se la confiera en el aprendizaje empírico, estaremos expuestos a esas "cosas" que no obstante la encantadora conferencia de Gutiérrez Larreta, persistiremos en decir que constituyen el arte enfermo.

Jorge y Ulla Bastanier exponen varios *ex libris* y dibujos decorativos que tienen de común el demostrar un inusitado dominio técnico, y el ser vificadas las imágenes por un seductor espíritu, que si fuera menester calificar, llamaríamos nórdico: tanto — para tomar extremos — puede comprobarse ésto en el magistral retrato de la "Señora U. B." de Jorge B. como

en el hierático Parsifal, en que el talento privilegiado de la autora ha logrado que de la serenísima expresión del héroe bretón, trasunte el mismo hondo misticismo de los ascéticos hierofantes del budismo, pero todo ello, como decimos con tal propiedad, con tal natural oportunidad, y sin saberse a ciencia cierta por qué oculto resorte técnico, le ha impreso la autora al personaje el debido sentimiento místico panteísta que—la diferencia de los héroes análogos de la raza semolatina, de otro muy distinto misticismo — caracteriza a las antitéticas civilizaciones germánica e hindú.

Aaron J. Billis, además de estimables miniaturas, concurre con cuatro retratos de O. Magnasco, Iburguren, Rojas y Lugones que guardan con los modelos, un a veces menguado parecido... Es de apreciar, no obstante, la vida que los anima, carácter de que, en cambio, no suelen siempre participar sus miniaturas...

Christophersen expone paisajes y retratos encomiables por su escandinava sencillez o su ingénita expresión de aristócrata serenidad. Exáltase la primera cualidad en "Aldeana Noruega" y la segunda en "La mantilla blanca" que sería bellísima si no tuviera dos manos derechas.

El coronel Cornelio L. Díaz, presenta una discreta colección de paisajes porteños y bonaerenses, caracterizados todos por una excesiva uniformidad cromática, todo en tonos claros sin gran proligidad.

Rodolfo Franco expone siete retratos, todos ellos caracterizados por una desconcertante superficialidad: con las cualidades que hacen un buen pintor, coexiste una inexplicable carencia de penetración que inanima la obra.

Tres discretas aguafuertes de Gigli Lorenzo revelan en él cualidades estimables, pero que florecen en un espíritu irregular. "Los Conquistadores" tiene unos caballos cuya cabeza es más grande que el resto del cuerpo!... ¿será impresionismo?... ¿decoración?...!

Persistiendo en la inteligente orientación primitivista, pero sensiblemente mejorado en lo que a técnica concierne y con un mayor dominio de su arte, expone Gramajo Gutiérrez, seis *gouaches* de discreto efecto decorativo, aun cuando pudiera re-

prochársele, sin ser ello capital, la excesiva e inconducente estilización de ciertas figuras, particularmente animales, así como tal cual tono "azul" o "violeta" de éstos.

Juan Carlos Huergo, contribuye con un estimable aporte caracterizado como de costumbre por su vivísimo talento, chacotón a ratos, serio a veces. Sus *ex libris*, magistrales.

Con los mismos habituales rebuscamientos inexpresivos, expone López Naguil, algunos productos de su técnica atormentada. El que escribe estas líneas ha preguntado a muchas personas, qué significaban ciertos dibujos de López Naguil sin obtener respuesta alguna satisfactoria, siendo la más discreta ésta:

—Puede ser que la precisa intención del dibujante haya sido no decir nada...

Si es ésto exacto corresponde aplaudir al autor con ambas manos.

Leonic Matthis expone dos "*gouaches*" que delata envidiables dotes de copista.

Catalina T. Mórtola revélase, en las cuatro aguasfuertes que expone, poseedora de ese ingénito talento que da asidero a las esperanzas en ella cifradas. Realízase en la autora el poco habitual consorcio del dominio de la técnica con la inteligencia inequívocadamente reflejado en su meritísima labor.

Petrone contribuye con tres postales y dos acuarelas. Es particularmente digna de mención por su belleza "Damas de ojos negros". "Industriales indígenas" lo revelan en una plausible senda, superando en algo a Gramajo Gutiérrez. Desentona "De madrugada", así por el asunto como por la factura.

Prieto presenta, cinco obras caracterizadas por una atónica delicuescencia cromática.

Prins expone tres paisajes sobre los que el autor de estos líneas no quiere opinar.

Cinco acuarelas de Soto Acebal, de valor desigual, muestran la variante del espíritu del autor, que ante tal variedad, debiera optar por un sendero. "Después de la lluvia" y "La hora azul" — el sólo título de la última basta — son de un furioso "decadentismo". No así los otros especialmente "El

patio viejo" y "El pinar", que corroboran lo que de Soto ha dicho la crítica en años anteriores.

Los cinco carbones de Subirats, muestran el espíritu de buena disposición, pero descuidado, lo que se complica con tal cual dejo simbólico que debiera estirpar.

Travascio y Blake, exponen diversos elementos indígenas, entre los que se cuentan, tres acuarelas aztecas del primero. Son en verdad preciosos, pero el que escribe está seguro que si Moctezuma resucita... hum!... o se muere Moctezuma... o...

El retorno inteligente al arte indígena, es plausible pero cuando se hace con estudio y con gusto estético. Así como el paseante de la rivera gusta que de vez en cuando aparezca a su vista el guijarro o el camalote que hablan del origen del caudal, esas esporádicas resurrecciones indígenas ponen descanso y variante en la vista habitual con la resurrección de ingenuos y simples colores y formas pero no quiere el hombre del paseo, ni el trozo de montaña que delata la brutalidad del ventisquero, ni el lodo contaminante que recuerda el laborioso parto fluvial, allá en las lejanas fuentes primigenias... ésto queda para los geógrafos, como queda, para los arqueólogos el arte indígena en su bizarra expresión original... nosotros queremos el elegante canto rodado... No se trata por lo tanto de copiar más o menos servilmente lo que los artífices calchaquíes hayan modelado, sino adoptar sus motivos ornamentales a la actual sensibilidad artística. De esta distinción parecen estar poco enterados los dichosos expositores. Por ésto algún amerengado mocito de indígenas veleidades orientalescas, pudo decir, tocando de soslayo a la verdad, que tal retorno es reprochable, sin especificar en qué condiciones dejaría de serlo.

En la segunda sala y fuera de catálogo, se exponen varios dibujos decorativos de Stagnaro. El malogrado pintor demuestra en estas obras el singularísimo dominio de su arte, unánimemente reconocido por la crítica y que hace tan sensible su desaparición, ya que por la reseña hecha, pocos son aquellos que a las cualidades naturales, reúnen el estudio y el equilibrio espiritual que son condiciones ineludibles para bien merecer el mal repartido calificativo de "buen pintor".

Dejamos de lado en este salón, la exposición retrospectiva amena, así como los *ex-libris* en ella expuestos. Por lo que a los primeros toca diremos que hemos comenzado a reunir materiales para un trabajo sobre la evolución del arte argentino hasta el siglo XIX, en que todo ello tendrá cabida, y en lo que a los segundos corresponde, recordaremos que desde algún tiempo atrás suelen publicarse en "*Anales gráficos*" artículos sobre *ex-libris* de los que algunos próximos versarán sobre los expuestos en el salón reseñado.

Narciso Binayán.

Buenos Aires, 25-V-1919.

Las conferencias del presbítero Ayala. — Algunas observaciones generales y críticas.

I. — CONSIDERACIONES GENERALES

Ha sido sin duda un verdadero acontecimiento para la Facultad de Filosofía y Letras que uno de los más ilustrados sacerdotes del clero argentino diera un breve curso de conferencias sobre temas filosóficos, en un ambiente en el que por lo común, los concurrentes no son del todo adeptos a las ideas fundamentales que representa el conferencista. Por ser la primera vez quizá que un sacerdote se atreve a extender su pensamiento más allá del círculo en que habitualmente se agita, debía despertar mucho interés en todas aquellas personas que gustan de las cuestiones filosóficas, como con evidencia lo ha demostrado el numeroso público que se halló siempre presente, para escuchar la palabra del distinguido sacerdote.

Es de advertir, por otra parte, que el padre Ayala era ya bastante conocido entre el elemento religioso, como gran orador sagrado, y también entre las personas intelectuales, como eximio conferencista.

Sus conferencias debían tener, por lo tanto, el éxito que se presumía de antemano, pues no sólo Ayala demostró ser un conocedor de la filosofía, sino también un gran expositor, dotado de un temperamento un tanto nervioso que le proporciona